



Pilar Montero
¡Está ardiendo
una papelera!

Diario de una directora de instituto

Pilar Montero
¡Está ardiendo una papelera!

Diario de una directora de instituto

ediciones península

© Pilar Montero Montero, 2015
Publicado de acuerdo con Pontas Literary & Film Agency

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: septiembre de 2015

© de esta edición: Grup Editorial 62, S.L.U., 2015
Ediciones Península,
Pedro i Pons, 9-11, 11.ª pta.
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

LIMPERGRAF - impresión
DEPÓSITO LEGAL: B-16.234-2015
ISBN: 978-84-9942-435-4

ÍNDICE

I.	Septiembre: La hora de los valientes	13
II.	Octubre: Mi familia y otros animales	41
III.	Noviembre: Romancero gitano	67
IV.	Diciembre: El jardinero fiel	91
V.	Enero: Bajarse al moro	113
VI.	Febrero: Doce hombres sin piedad	137
VII.	Marzo: El extranjero	163
VIII.	Abril: La cantante calva	191
IX.	Mayo: Primavera con una esquina rota	213
X.	Junio: Orgullo y prejuicio	235
XI.	Julio: Poemas de la oficina	271
XII.	Agosto: El llano en llamas	275
	Glosario	277
	Siglas	285
	Fuentes documentales	289
	Nota aclaratoria	303

I

SEPTIEMBRE

LA HORA DE LOS VALIENTES

En las universidades puedes dar la clase leyendo tus apuntes viejos y manoseados. En los institutos públicos de secundaria jamás podrías hacerlo así. Los adolescentes estadounidenses son expertos en los trucos de los profesores, y si intentas embaucarlos te paran los pies.

—Así que, oiga, profe, ¿qué más le pasó en Irlanda?

—Ahora no puedo hablar de eso. [...]

—Ay, hombre, a las demás clases les cuenta historias. ¿No nos puede contar aunque sea una cosita?

—De acuerdo, una cosita. Cuando era niño, en Limerick, nunca pensé que llegaría a ser profesor en Nueva York. Éramos pobres.

—Ah, ya. Ya hemos oído decir que no tenían nevera.

—Y tampoco papel higiénico.

—¿Cómo? ¿Que no tenían papel higiénico? Todo el mundo tiene papel higiénico. Hasta en la China [...].

FRANK McCOURT, *El profesor*

PRIMERA SEMANA DE SEPTIEMBRE

Tenía que pasar y ha pasado. Ha llegado el 1 de septiembre, primer día de trabajo y del nuevo curso, y hay que ir de cero a mil; no hay transiciones ni depresión posvacacional que valgan. Exámenes de septiembre (un profesor se queja de que su examen «ha caído», tres años seguidos, el primer día y a la primera hora: efectos secundarios de la informática); Secretaría con cola de gente, rezagada, para matricularse en el curso que comienza; juntas de evaluación extraordinarias; ajuste final entre los grupos concedidos por la Administración y la realidad de los alumnos matriculados. Es la espada de Damocles, o mejor dicho, del inspector o inspectora de turno, que puede suprimir un grupo en el último momento, con lo que todo el trabajo de horarios y cupos de profesores, hecho en julio, se va «a la reguera abajo», como diría mi madre. Profesores morenos (algunos parecen indios de la India), saludos, besos, conserjes morenos, jardines agostados.

Me llamo Pilar, ocupo el puesto de directora de instituto y me gano el sueldo con el sudor de mi frente.

HACER LOS HORARIOS

El lema secular del circo, «más difícil todavía», se hace realidad cada comienzo de curso. Todos los años, por estas fechas, adelgazo dos o tres kilos, y me sale un herpes labial. Primero me ha salido a mí; luego, al jefe de estudios —un exjugador de rugby—, y después, al jefe de estudios adjunto. Somos «la banda del herpes».

Estamos a escasos días de que comience el curso, y hay veintiocho alumnos que pueden repetir o bien pasar a un curso superior. Si a todos les sucediese lo mismo, sea aprobar o suspender, tendríamos un gran problema, con un grupo más de lo previsto.

Las jornadas de trabajo son de doce horas o más; el récord lo conseguimos hace unos años, a las dos de la madrugada, emperrados en que el programa de horarios hiciera un imposible. Estaba instalado en los quince ordenadores del aula de informática, que llevaban horas funcionando, por lo que la temperatura, a pesar de las altas horas, rondaría los treinta grados.

Yo salía de vez en cuando a la escalera de incendios para tomar el aire. El panorama era extraño: el instituto, situado al borde de un barrio de la periferia de Madrid, estaba rodeado de descampados, apenas iluminados (hoy están llenos de casas recién hechas, con paneles solares en la azotea, y otras en construcción, con decenas de grúas; muchas obras paradas). Mi compañero de fatigas, el secretario, nos había pedido permiso para quedarse con el torso desnudo por el calor que hacía y el sofoco de no conseguir resultados. Debíamos entregar los horarios en el claustro de profesores de esa mañana, para empezar las clases al día siguiente, y no teníamos ni siquiera una aproximación; mi colega se había saltado una toma de las pastillas, por lo que su mujer estaba muy preocupada y le mandaba continuamente mensajes al teléfono móvil. Yo estaba asustada por si le pasaba algo grave y no sabíamos cómo actuar.

Para colmo, ese día era su cumpleaños. Su madre, cuando lo parió a primeros de septiembre, ignoraba que su hijo sería profesor, tendría un cargo directivo y la gran responsabilidad de hacer horarios para ochocientos alumnos y casi ochenta profesores justo en esas fechas.

EL REPARTO

Ha pasado una semana desde el claustro para que cada profesor solicite los grupos y cursos que prefiere, hasta completar sus veinte horas de clases semanales (en mis más de treinta años como funcionaria docente, siempre fueron dieciocho horas, hasta julio de 2011, cuando con la crisis económica y la

consiguiente «optimización de recursos», o «recortes» —según quién hable—, se añadieron dos horas más).

La elección de grupos, cursos y horarios se hace por departamentos, Lengua, Matemáticas, Inglés, etcétera; el procedimiento para elegir es la rueda, es decir, el catedrático —si lo hay— escoge en primer lugar un grupo; los profesores funcionarios lo hacen a continuación, por orden de antigüedad en el cuerpo, y por último, los interinos o contratados; se dan tantas vueltas como sean necesarias hasta que se hayan elegido todos los grupos y todas las horas. A menudo, los interinos son asignados días después de la elección, por lo que tienen que asumir lo que le hayan dejado sus compañeros.

Algunos departamentos precisan varias horas para ponerse de acuerdo, ya sea porque algún profesor se empeña en dar un curso, de Bachillerato por ejemplo, pero sin la tutoría que lleva adosada, lo cual es un imposible; o bien porque a uno le salen horas de más y a otro de menos y es difícil cuadrarlas. Otra novedad de los últimos años es que los profesores habilitados para dar sus clases en inglés o en otro idioma extranjero tienen prioridad sobre los demás y, por ello, escogen los grupos bilingües, que suelen estar formados por alumnos con mejores resultados académicos.

En realidad, hemos invertido cinco días en el reparto: cuatro laborables para hacer los horarios de profesores y alumnos, más un quinto, festivo y sin conserjes ni alumnos en todo el centro. Habitados a verlo lleno de gente y de ruido, el instituto parece fantasmagórico. Para nuestra sorpresa, por la ventana del despacho de Dirección se asoma un alumno gitano con el sobre de matrícula. «¡Pero no sabes que hoy es fiesta!», le avisamos. «Sí, pero es que mis amigos me *dijieron* que se acababa el plazo», nos contesta, antes de saltar la valla para entregar la documentación.

El jefe de estudios y el secretario han tenido que marcharse del instituto para acabar los horarios a tiempo —el claustro es a la una de la tarde—, porque les requieren continuamente

para mil cosas y no consiguen avanzar. A lo largo de la mañana les he hecho varias llamadas y me han dicho que van bien, pero a la una y cuarto, con el claustro ya comenzado, todavía están en casa. Me dicen que se disponen a salir hacia el instituto, que traen los horarios en el coche y me recuerdan que, antes de repartirlos, habrá que fotocopiarlos. Son las dos menos cuarto y no han llegado, así es que sigo hablando (ya me habían recomendado que alargase mi intervención), porque hay muchas cosas de las que informar y soy, como dicen los ingleses, muy *talkative*. Por fin aparecen los dos y todos respiramos.

Cuando yo era jefa de estudios, el día del reparto de horarios se convertía en el peor, porque, acabado el claustro, me venía un enjambre de profesores, al menos quince o veinte, pidiendo cambios, mejoras e imposibles. Alguno de ellos (afortunadamente una minoría) ha llegado a decirnos que si queremos que se mate en la carretera de camino a casa, porque dos días a la semana sale a la una de la tarde, o que deben entrar a segunda hora todos los días, porque han de llevar a sus hijos al colegio, puesto que sus cónyuges tienen un trabajo «de verdad».

Epilepsia, colon irritable, madre anciana de noventa años, familia a más de quinientos kilómetros, hijo adoptado, hija bulímica, padre con alzhéimer, psicoterapia semanal... Un sinfín de factores y circunstancias personales que inciden en los horarios individuales de cada profesor y en sus preferencias de entrar o salir pronto. La verdad es que con el aumento de horas de clase semanales y el endurecimiento de las condiciones laborales, hay cada vez menos margen para facilitar la conciliación familiar en los horarios.

Hay quienes aducen razones pedagógicas, para no dar su materia a sexta o séptima hora (últimas clases de la mañana, según el día de la semana) y otros utilizan el mismo argumento para la primera hora. Los hay pesados, cansinos hasta el aburrimiento, que estarán dándote la lata durante todo el curso, por una guardia del recreo o por un hueco los viernes; si por alguno de ellos fuera, el centro habría que cerrarlo el vier-

nes a las doce y media, porque ninguno quiere dar clase después de esa hora, ya que muchos alumnos están cansados y algunos insoportables, y no se les puede enseñar nada.

Por el contrario, otros profesores son unos santos y, aun teniendo el peor horario del instituto, se muestran comprensivos y entienden que no se ha podido hacer otra cosa mejor. Los hay, pocos, que te agradecen su buen horario o el que se respeten sus preferencias; incluso hay algún profesor que acepta su horario sin haberlo visto, porque sabe lo difícil y complejo que es hacerlo. La confección de los horarios es más complicada cada año, porque aumenta el número de variables, factores y condiciones (desdobles, grupos flexibles, grupos bilingües, simultaneidad de tres o cuatro profesores de la misma materia, asignaturas cuatrimestrales con permuta de profesores, clases alternas o seguidas con el mismo profesor, en el mismo día, etcétera).

Los docentes reflejan la realidad cambiante de la sociedad. Tenemos una profe francesa, de Lyon, rubia y con una melena de mujer renacentista, que imparte su lengua; otra, de Física y Química, es hija de cubana; un profesor de inglés, egipcio; uno de Tecnología, peruano; otro de Religión, colombiano; un lector de inglés procedente de Nebraska; un auxiliar de conversación estadounidense, hijo de egipcio; una joven que viene con un perro-guía al que está adiestrando para que sea acompañante y guía de una persona ciega (por desgracia, un coche atropelló al animal antes de acabar su entrenamiento); otra, recién llegada, que se casa dentro de una semana... También hay profesores a los que no he visto enfermos ni una sola vez en quince años, ni siquiera un constipado. Además, hay varios profesores que están habilitados para impartir —y así lo hacen— sus clases en inglés. El nuevo jefe de estudios ha trabajado un año en Estados Unidos, donde se ha convertido en «mister Rodríguez». Hemos tenido dos profesoras con movilidad reducida, las cuales suben y bajan las escaleras, apoyándose en las barandillas y con mucho esfuerzo, porque

el ascensor (que se instaló con las obras que emprendimos para hacer accesible el centro) queda demasiado lejos y no les trae cuenta darse todo el paseo.

Profesores hay de los que tradicionalmente se llamaban «huesos». Con ellos, los alumnos que con otros docentes no paran de hablar, de pedir permiso para ir al servicio, de levantarse para esto y lo otro, de solicitar retrasar un examen, etcétera, están callados como tumbas. Con ellos, todos ocupan su puesto asignado por el tutor y no otro; en vez de pedir el cambio de fechas de un examen, prefieren entregar la hoja en blanco. Hay tal silencio y orden que parece que el salón —como dicen las mamás de los alumnos hispanoamericanos— esté vacío y el profesor da la clase con el aula abierta. Además, les llaman «don Fernando», «don Sabino», «doña Benigna» y les tratan de usted. Una sustituta coincidió, el día de su marcha, con el profesor titular en la clase de un grupo que le había hecho la vida imposible, y se quedó perpleja y admirada del silencio y el respeto que eran capaces de mantener los mismos alumnos que habían sido crueles con ella.

Está bien que los alumnos tengan profesores de todo tipo: jóvenes, mayores, de la vieja o de la nueva guardia, duros, consentidores, coleguillas, con pendiente de brillante, con cinco pendientes de bolita, con aretes, con barba de varios días, con jersey (los más), con tirantes o con las iniciales grabadas en la camisa (los menos), con bigote (los menos), rapados, con mechas y rastas, ecologistas, sindicalistas, los que vienen en metro, autobús, moto, bicicleta —de éstos hay de distintas tribus, como los «caja-fruta», los ecologistas concienciados— o andando.

Con los profesores «colegas» suele incrementarse el absentismo, abandono y dejadez en el alumnado. También dificultan la labor del resto de los docentes, porque su nivel de exigencia es tan bajo que, después, a esos mismos alumnos cualquier cosa les parece un mundo.

Con los profesores «huesos» o exigentes, ya sea con la disciplina en el aula y/o con los contenidos de la materia, la si-

tuación suele estar controlada pero, a cambio, cualquier incidente puede convertirse en un problema de juzgado de guardia. En una de esas ocasiones en las que el jefe de estudios no se encontraba en su despacho —los profesores querrían que estuviese disponible las veinticuatro horas, como un bombero, y yo que tuviera un busca, como los médicos—, llegó a la Dirección un profesor, alarmadísimo. Por el patio deambulaba una chica problemática —perteneciente a una saga de hermanos conflictivos, uno de ellos alunicero,¹ fruto de una familia desestructurada— con un perro y tres niños pequeños de una residencia de acogida, próxima a nuestro centro, donde residen chicos y chicas cuya tutela han perdido sus padres o que, simplemente, no tienen familiares que puedan ocuparse de ellos.

La situación, así descrita, era alarmante y surrealista: ¿qué hacía esa alumna, una menor que debía estar en clase, con tres niños y un can? A los pocos minutos aparece el profesor con la chica, que lleva un diminuto cachorrillo negro, tan pequeño que casi le cabe en la mano. Le pregunto quiénes son los niños (que han desaparecido) y qué hace ella; me contesta, con corrección, que son sus primos, a los que llevaba al colegio público de al lado —nada que ver con el centro de acogida— por indicación de su tía, y que no estaba en clase porque había quedado con la orientadora para firmar los papeles de un ciclo de iniciación profesional. El profesor que la había interceptado interviene, diciéndole que por qué no se dirige a mí como le había hablado a él, con términos soeces, tacos y otras lindezas; le digo a ella que es muy guapa, pero que su manera de expresarse la afea, que, hablando así, es como si llevara la ropa llena de manchas de huevo, tomate o vino. Los niños han desaparecido porque, según ella, se han

1. Neologismo no registrado por el *Diccionario* de la Real Academia Española, que se refiere a los atracadores que lanzan su coche a la luna o cristal del escaparate de las tiendas que quieren robar.

ido solos al colegio (son las diez y media de la mañana). Le decimos que no se vaya, que llamamos a la orientadora para que firme los papeles; le hago ver que la situación era tan surrealista que resultaba lógico que crease alarma en el profesor. Al final, acaba firmando los papeles con el perrito en una mano y el boli en la otra.

CLAUSTRO EXTRAORDINARIO

El año pasado, tres días antes de repartir los horarios, me llama el inspector, me pregunta cuántos alumnos hay por curso y me dice que, dado que no se han matriculado los suficientes, tengo que suprimir un grupo. Esto significa no sólo volver a hacer todos los horarios en tres días y tirar por la borda todo nuestro trabajo de julio y septiembre, sino también decir a dos profesores que deben irse del instituto, ahora que ya están adjudicadas prácticamente todas las plazas en otros centros y no les quedan más que «las sobras».

Discuto con él, le digo que esos alumnos que faltan están en sus casas y que por negligencia o ignorancia no se han matriculado, pero que, tarde o temprano, aparecerán. Me responde que no hay vuelta atrás. Me reúno con el equipo y decidimos presentar la dimisión. Llamo al inspector. Me devuelve la llamada y me dice que no sirve de nada presentar la dimisión, pues en esas circunstancias nuestras autoridades nos obligarán a continuar y que, además, le ponemos en un brete profesional.

Tenemos que convocar un claustro extraordinario para repartir de nuevo los grupos y materias por departamentos de acuerdo a la nueva situación. La tensión es total, los profesores están enfadados y nosotros, el equipo directivo, exhaustos.

Cuando apenas llevamos dos semanas de clase, todos los alumnos que faltaban ya se han matriculado y no pueden ni moverse en las aulas, de lo llenas que están. Redacto un in-

forme para los jefes, dando datos numéricos, aportando planos de las aulas, que son muy pequeñas, y en veinticuatro horas nos devuelven el grupo que nos habían quitado, más otro nuevo. El inspector me dice que si él fuese el director, no tocaría nada.

Volvemos a hacer los horarios, a celebrar otro claustro extraordinario y, lo peor, a reagrupar a los alumnos. Algunos de los que son cambiados y sus padres protestan, pero a la larga agradecemos el cambio: en las aulas ya se puede respirar. Por desgracia, no es posible recuperar a los profesores que se marcharon.

COMIDA EN LA FUNDACIÓN LLANOS

Una o dos veces al año, todos los directores de instituto de la zona quedamos a comer en la Fundación del Padre Llanos,² en la que, entre otras iniciativas, hay una escuela de formación profesional de hostelería, donde enseñan a cocinar, a servir las mesas, etcétera. No es raro encontrarse con exalumnos que te sirven la comida o están en la cocina preparándola con sus profesores.

Siempre es muy interesante la cita, porque aprendo muchas cosas de mis colegas y porque nos consolamos mutuamente de nuestros padecimientos. Hace mucho que hemos llegado a la conclusión de que lo mejor para todos sería un horario único de oficina.

2. El sacerdote jesuita José M.^a de Llanos (1906-1992), miembro de la Falange y muy allegado a Franco, se propuso evangelizar el madrileño barrio del Pozo del Tío Raimundo, lleno de chabolas y que se formó con inmigrantes manchegos, extremeños y andaluces en las décadas de 1950 y 1960. Con el paso de los años, la conversión espiritual fue, en parte, a la inversa y el padre Llanos llegó a ser el prototipo de cura obrero, mientras que el lugar se convirtió en un barrio digno, sede de movimientos izquierdistas.

¡VIENEN LOS ANGLOS!

La Administración nos ha enviado tres profesores anglos (dos británicos y una irlandesa). Según nos han dicho, no hay suficientes docentes españoles habilitados en inglés para cubrir las plazas vacantes en ciertas materias como Plástica, Educación Física y Tecnología. Los recién llegados vienen con un contrato similar a los de Religión y no saben español. Por tanto, no pueden ser tutores y sólo pueden dar clase a los grupos de sección bilingüe, es decir, a los alumnos con un nivel alto de inglés y que han superado una prueba externa. Esto ha creado una gran controversia en el claustro de profesores, que ha rechazado mayoritariamente este proceder en el reclutamiento del profesorado.

El sistema educativo español es muy funcionarial, muy rígido, el más opuesto al británico. En este último, el director es quien selecciona y contrata al profesorado, y si no está satisfecho con él, lo despide. En el español, en cambio, los directores no tienen nada que hacer con el personal docente, es la Administración la que los asigna al centro.

En la década de 1980 hubo un auge en la creación de institutos, parejo al *boom* demográfico y a la democratización de la educación. De pronto había un instituto en cada barrio y se tuvo que contratar rápidamente a muchísimos profesores interinos, es decir, contratados que habían aprobado una oposición, pero no habían obtenido plaza, o que la habían suspendido y estaban apuntados en unas listas controladas por los sindicatos. Casi todos ellos llegaron a funcionarios de carrera, con mucho esfuerzo o sin él, a finales de esos años. Sin embargo, hay algunos interinos que siguen con esta condición laboral, después de dos décadas, porque, a pesar de no haber aprobado la oposición, se prima la experiencia y la antigüedad. Parece ser que las autoridades educativas quieren cambiar esto en contra de la opinión de los sindicatos; además, de una comunidad autónoma a otra, los requisitos varían.

Menos mal que cuando aprobé la oposición, en 1982, había un turno llamado «libre» al que optábamos los que nunca habíamos sido interinos.

Hoy en día, la mayoría de los profesores son funcionarios, unos de plantilla, otros no (están en expectativa de destino o en comisión de servicios, sea para realizar una tarea específica o sea de carácter humanitario). En mis más de treinta años de docencia ha habido una mejora paulatina de las condiciones de trabajo en los centros educativos de España: menos alumnos en los grupos, presencia de profesores especialistas para alumnos con carencias de todo tipo, reducciones horarias por ser tutor, etcétera. Todo ello ha incidido en la mejora de la enseñanza-aprendizaje.

Pero desde 2011, debido a la crisis económica y social, los recortes educativos han supuesto la supresión de varios programas de mejora y el incremento de alumnos por aula; y también el aumento de la dedicación horaria semanal del profesorado, lo que ha significado una reducción del número de docentes y la no contratación de interinos que llevaban años trabajando en los institutos. Estos cambios han tenido, sin duda, repercusiones negativas para el alumnado.

En este contexto, la llegada de profesores extranjeros ha sido vista por muchos docentes como un caso de intrusismo, de injusticia, de inoportunidad, etcétera. Algunos profesores habilitados para impartir su materia en inglés, que antes habían desplazado a colegas españoles de plantilla, no habilitados, se han visto ahora desplazados por estos anglos, con gran disgusto e irritación por su parte. Esta situación ha creado un ambiente incómodo, en algunos casos abiertamente hostil, que ha suscitado malestar en parte del claustro.

MIS AÑOS DE ADOLESCENTE EN EL INSTITUTO

En Madrid a comienzos de los años setenta, cuando yo estudiaba los seis cursos de Bachillerato, sólo existían unos cuan-

tos institutos, hoy llamados históricos. Unos eran de chicos y otros de chicas, como el Cardenal Cisneros, el Cervantes, el San Isidro, el Isabel la Católica (al que asistí) o el Lope de Vega. Hasta que llegué a la universidad no supe lo que era tener en el asiento de al lado a un chico, ni tampoco conocí el machismo de algunos profesores.

Había que atravesar toda la ciudad para ir a clase. Tardaba casi una hora en llegar: quince minutos hasta el metro; veinticinco para recorrer catorce estaciones, incluido un transbordo, y quince más para subir las cuestas que daban acceso al instituto (situado en un hito), trayecto en el que pasaba por delante del Real Observatorio de Madrid, creado en el siglo XVIII, la época de la Ilustración. El metro venía de la periferia, repleto hasta tal punto que un grupo de personas, casi siempre hombres, arriesgaba su vida viajando de pie en las plataformas que había entre los vagones. Para poder entrar en éstos, había que hacerlo a empujones, como en esas imágenes que vemos de los trenes de Japón, en los que unos señores uniformados, con gorras y guantes blancos, ayudan a la gente a entrar, empujándola. Yo tenía catorce años y me acompañaba mi padre, que me servía de protector y escudo humano; no obstante, una vez que iba sola, los que esperaban conmigo en el andén me empujaron tanto que me caí, y la pierna derecha quedó metida hasta la ingle en la separación entre el borde del andén y los vagones. Menos mal que reaccioné rápido y salí del atolladero por mis medios, pues todo el mundo iba a lo suyo.

PRIMERA SEMANA DE CLASE

El estreno ha sido magnífico, si no tenemos en cuenta que aún carecemos de horarios definitivos, y nos hemos dedicado a la recepción de alumnos y la presentación de actividades, a distintas horas, según los cursos.

Una profesora, al parecer de origen cubano y que ha pasado con nosotros poco más de una semana, se marcha. Había sido asignada incorrectamente y, cuando se va, me dice que nunca la habían tratado tan bien como en nuestro centro.

Tres mujeres y un hombre se presentan como policías judiciales y me anuncian que vienen a detener a varios alumnos del centro por estar implicados, presuntamente, en un delito. Envío a un conserje en su busca y vuelve con uno de ellos. El muchacho se sienta, mientras los policías y yo permanecemos en pie.

Más tarde, oigo gritar a siete alumnos junto a la puerta de la Jefatura de Estudios. Me cuentan, a voces, que ya no aguantan al profesor de Matemáticas y que a uno de ellos le ha dicho «¡me *tienej justa loj cojonej!*». Trato de hacerles ver que lo que ha dicho el profesor es inaceptable (en el caso de que sea verdad, pues, como dice el jefe de estudios, «habría que triangular»), pero que muy harto debía estar de ellos para decirles eso. Siempre recomiendo a los alumnos que, cuando se les atravesase un profe y se lleven a matar, guarden con él un comportamiento versallesco, para que luego puedan tener autoridad moral en sus críticas y peticiones. Además, siempre les digo: «El día de mañana, cuando trabajes, puede que tengas un jefe antipático, o injusto, o que no te caiga bien, y tendrás que aprender a convivir con él».

EL PARQUE DE LAS TETAS

Desde hace unos años, como parte del plan de acogida de los nuevos alumnos, el centro les ofrece a los chicos y chicas de 1.º de Educación Secundaria Obligatoria (ESO), de unos doce años de edad, un día de convivencia en la sierra, con el transporte gratuito, y un montón de juegos al aire libre que preparan los profesores de Educación Física. Como suelen ser siete u ocho grupos de unos veinticinco alumnos, en torno a dos-

cientas personas en total, hacen falta tres o cuatro autobuses (antes costaban entre mil quinientos y dos mil euros; ahora, con la crisis, creo que han bajado los precios).

El año pasado, puesto que no disponíamos de tanto dinero y muchos alumnos fallaban —sobre todo los gitanos, y especialmente las niñas, a las que sus madres no les dejan ir—, se me ocurrió llevarlos a un parque que está en el cerro del Tío Pío. Se lo conoce comúnmente como el parque de las Siete Tetas, o de las Tetas, porque está formado por siete colinas cubiertas de césped. En realidad estas colinas están hechas con los escombros resultantes del derribo de viejas casas, reconvertidos por un sabio arquitecto en un original parque, que ahora aparece en algunas guías turísticas de Madrid.

Es uno de los hitos de la ciudad, desde donde puede verse el *skyline* madrileño: la Torre BBVA, la Torre Picasso, la Torre Europa, las Torres Kio, los cuatro rascacielos (uno de ellos diseñado por Norman Foster) y, al fondo —si no hay mucha contaminación—, la sierra, nevada en invierno. A la entrada hay un parque de bomberos, desde cuya torre Antonio López pintó una de sus famosas vistas de Madrid; hay también una residencia de ancianos y un centro de rehabilitación para discapacitados medulares, junto a un centro comercial en cuyos alrededores siempre se puede ver a alguno de ellos en su silla de ruedas motorizada, trasladándose con autonomía.

Allí se han rodado múltiples vídeos musicales, se han realizado reportajes fotográficos para revistas y periódicos y son frecuentes las parejas haciéndose arrumacos en el ápice de una de las colinas. También acuden grupos de treintañeros con sus hijos para celebrar un cumpleaños, o de hispanoamericanos —latinos, según los medios de comunicación, o panchitos, según algunas personas que los desprecian— que hacen picnic.

Una vez que acordamos, con los tutores de 1.º de ESO, llevar a los alumnos al parque de las Tetas, consulto el pronóstico de la Agencia Estatal de Meteorología (AEMET) para asegurarme de que hará buen tiempo. Antes de salir, aviso a

los guardas jurados de las estaciones de metro de origen y destino de que somos muchas personas e iremos por tandas. El primero se pone en el andén, haciendo barrera para que ningún chico se caiga a la vía, pero el segundo vigilante pasa olímpicamente, apoyado en un mostrador, con los brazos cruzados.

Cuando llego con la segunda tanda de alumnos, los primeros nos esperan en lo alto de la primera colina. Empezamos a subirla y ellos se van a la segunda; una niña obesa se queja del cansancio y algunos ya se han puesto a comer los bocadillos. Subimos y bajamos cinco o seis «tetas»; unos se van a unos columpios, otros buscan cartones para escurrirse por las laderas de las colinas. Comenzamos el descenso para llegar a las pistas de fútbol-sala, *ping-pong*, baloncesto y más columpios que hay al pie. Algunos alumnos deciden bajar hasta allí tirándose por unas torrenteras y uno de ellos acaba completamente rebozado en tierra. En una de las pistas hay un grupo de chinos comiendo. Los ancianos que pasean por allí, con sus perros, me preguntan de dónde han salido tantos chicos.

El jefe de estudios y el del departamento de Educación Física reparten balones, palas de *ping-pong*, *frisbees*, una sogá para jugar al sogá-tira y, enseguida, todos se reparten por las pistas. La más solicitada es la de fútbol, donde hay lista de espera de chicos, claro. Muchas chicas prefieren hablar en grupitos. El jefe de estudios ata la sogá entre dos árboles para que los alumnos caminen sobre ella. Se animan un profesor y un niño de raza negra, minúsculo, al que los demás ayudan cogiéndole de la mano.

Cuando han pasado dos horas, el profe de Religión trae, en su coche, refrescos de cola y naranja que los tutores, seguidos por los alumnos como el flautista de Hamelín, reparten.

Volvemos al instituto sin novedad.

LOS TUTORES

La labor de la tutoría es ardua porque implica que, a lo largo del curso, tienes que ocuparte del seguimiento de cada uno de los alumnos del grupo que te ha sido asignado. Esto supone realizar varias reuniones por la tarde para recibir a los padres en grupo e informarles de la marcha del curso, del centro, de la beca de libros, de las actividades extraescolares que se van a realizar; en fin, de mil asuntos. También hay reuniones individuales con los padres o tutores de cada alumno, a petición de ellos o por iniciativa del propio tutor. Tres veces al año, hay que ocuparse de preparar las actas con las notas para cada sesión de evaluación, hacer correcciones y valoraciones, controlar la impresión de los boletines de notas y repartírselos a los alumnos —y a sus padres, si son pequeños—; hay que reunirse con la junta de profesores del grupo, si es especialmente conflictivo o plantea alguna dificultad, controlar y hacer el seguimiento del absentismo de los alumnos, así como de su posible falta de disciplina; hay que acudir a la sesión de la comisión de Convivencia para sancionar malos comportamientos, etcétera.

Conclusión: los tutores, junto con los miembros del equipo directivo, son los primeros que llegan al centro y los últimos que se van cuando comienza y acaba el curso. En algunas comunidades autónomas su labor está reconocida con un complemento económico, con una hora de reducción semanal de clase, con alguna compensación, pero en la nuestra apenas las hubo hasta el curso 2011-2012, cuando comenzó a darse una minúscula cantidad. Es tanto el trabajo y la responsabilidad que casi ningún profesor desea ser tutor, y suele tocarles, por eliminación, a los últimos que llegan al centro, generalmente interinos o funcionarios sin destino definitivo, que están de paso en el instituto. Por tanto, cada año tenemos que partir de cero en la formación e información de la mayor parte de los tutores.

Y a pesar de todo, hay profesores que cumplen excelentemente con la función de la tutoría, llevan plantas de su casa

para adornar el aula, hacen múltiples actividades con sus tutelados, están ojo avizor para evitar el acoso escolar o el absentismo, etcétera. Una de las tutoras, por ejemplo, avisa a sus alumnos —el primer día, en la recepción de alumnos, tras mostrarles el centro, repartirles la agenda e informarles del horario— de que ella es una chivata y que en cuanto falten a clase, o hagan algo incorrecto, o no hagan los deberes todos los días, se lo va a decir a sus padres.

MI PRIMER VIAJE EN MOTO

Los «jefes» nos convocan al jefe de estudios y a mí para tirarnos de las orejas porque, en el proceso de escolarización, hemos dejado fuera de nuestro centro a alumnos cuyas familias lo habían solicitado en primer lugar. En la sala de espera están ya el inspector, que es quien se ha «chivado», y el jefe de estudios, que llega con un casco en la mano. Yo acarreo mi cartera, siempre pesada por la cantidad de papeles, documentos, teléfono, monedero, bolígrafos, lápices, etcétera, y llevo camiseta blanca de manga corta con una chaquetilla ligera.

Al salir de la reunión, mi compañero me pregunta si quiero volver al instituto, a) en tren de cercanías y metro, b) en metro con transbordo, c) en varios autobuses, o d) con él en la moto; ésta es imponente, enorme, con una especie de maletín detrás. Le pongo el inconveniente de que no tengo casco y me dice que no hay problema, que en el maletín, el cual me va a servir de respaldo en las paradas de los semáforos, está el casco del copiloto. Lo saco y pongo en su lugar la cartera. A continuación recibo unas rápidas y breves instrucciones: puedo elegir entre asirme a una especie de agarraderas laterales que hay junto al asiento o agarrarme a su cintura. Elijo la segunda opción porque me parece más segura (si damos un bote no saldré catapultada, pienso), aunque su contorno de exjugador de rugby impide que pueda entrelazar mis manos.

Para empezar supero la primera prueba, que consiste en circular por un paso elevado. Cuando se detiene en los semáforos y me doy cuenta de que voy literalmente echada sobre él, le pido perdón y me endezco. Tomamos la carretera de Valencia y, con la velocidad, empieza a inclinar la moto a un lado y a otro según la orientación de la curva; para contrapesar me inclino en la dirección opuesta. Inmediatamente me reconviene y me dice que tengo que dejarme llevar. Intento hacerlo, a pesar de que mi adrenalina me confunde. Cuando acaba mi primer viaje en moto, en el aparcamiento del instituto, me siento divinamente, como si hubiera hecho mis treinta largos de piscina, y con ganas de repetir.

Al llegar, una conserje —por cierto, su mujer— me dice que lo malo de las motos es que «te estropean el peinado».

EN LA VARIEDAD ESTÁ EL GUSTO

A lo largo de una mañana puede pasar por mi despacho una docena de profesores con la casuística más variada; todos, la mayoría educados, me dicen que si me pueden interrumpir un segundo, que no quieren molestarme, que si les puedo atender un instante.

Uno me dice que, dada la crisis que sufre el país y, en especial, nuestros alumnos y sus familias, no disponen de medios para comprarse los caros libros de texto y demás material escolar. Me pregunta que si sería bien recibida una donación de libros nuevos para los alumnos más desfavorecidos, realizada por la organización a la que pertenece, una logia masónica. Tiene el temor a que puedan rechazarlos; le respondo que no es necesario que se conozca a los autores de la donación.

Diez minutos después, otra profesora entra y me explica que ha pasado unos días terribles, pero que ahora está contenta. Tras acudir a una cita con el neumólogo, obligada por su familia —dado que es una fumadora empedernida—, tuvo un

montón de síntomas, lo que le obligó a solicitar la anticipación de las pruebas radiológicas, pues la espera se le hacía eterna. Ya sabía los resultados, nada preocupantes, por lo que había recuperado la tranquilidad. Sin embargo, mientras se dirigía a la consulta, pensando en que podían anunciar, por ejemplo, un cáncer de pulmón, iba rezando y diciendo una jaculatoria, que me recita por entero. La felicito y se marcha.

Una profesora que está en prácticas y necesita mi visto bueno para que se las aprueben, me dice que ha venido veinte veces al despacho y que yo no estaba. Los ánimos están caldeados entre los profesores, porque las condiciones laborales han empeorado. Lo mismo sucede con los conserjes y, sobre todo, con el personal de limpieza, mosqueados por la ampliación del horario semanal.

QUERIDO DIARIO

He ido al pueblo, porque mi madre cumple años el día 21, y es mi primer fin de semana para descansar desde que empezó el curso. Aprovecho para resumir lo ocurrido estos días.

En algunas películas, o en comedias televisivas, los guionistas hacen que a dos personajes les sucedan, en un espacio de tiempo breve, docientas cosas a la vez, de manera inverosímil. Así pasa en la película *El profesor* —cuyo título original es *Detachment*, que en inglés significa «indiferencia, desapego, distancia»—, y eso que es un sustituto y está poco tiempo en cada centro.³

3. Javier Ocaña publicó en *El País* (31 de octubre de 2012) una crítica de esta película, que tituló «Trituradora educativa», y en ella decía: «[...] si en una película de denuncia sobre el sistema educativo, damos protagonismo a un profesor sin plaza fija, que deambula como sustituto por los más problemáticos institutos, y a una adolescente obesa, retraída y brillante, apuntaremos a una realidad social implacable. Pero si rodeamos al educador de una madre suicida, de un padre inexistente, de un abuelo que no controla sus esfínteres en una residencia de ancianos inhumana, del descubrimiento de un pasado familiar pederasta y del cobijo de una adolescente yonqui, prostituta y recién violada, andaremos cerca de la exageración por acumulación».

En esta semana laboral —que ha sido corta, de cuatro días, porque hoy viernes es fiesta— ha habido tal acumulación de incidentes y acontecimientos, que ni el más enloquecido guionista podría haberla imaginado.

Lunes

Descubro por casualidad que todo el instituto estaba en manos de uno solo de los cinco conserjes: uno se había marchado a la playa dos días (que aún le quedaban de vacaciones) para frenar un brote de su enfermedad cutánea mediante el agua de mar; otro abandonó su puesto para ir a Correos, y dos estaban desayunando, y habían dejado sola a su compañera. Hay un apagón en el pabellón B —a raíz de la inspección de la instalación eléctrica, nos obligaron a hacer una reforma que nos ha costado miles de euros; desde entonces, se va la luz en cuanto el sistema detecta la más mínima irregularidad—, no suenan los timbres automáticos que indican el final de las clases, en la conserjería no hay nadie y la jefa de estudios adjunta pasa una mañana tremenda.

Martes

Hablo con cada uno de los dos conserjes que llevan años saliendo al desayuno por separado, pero a la misma hora. Les digo que se pongan de acuerdo para cambiar uno u otro la hora del desayuno; descubro hostilidad, cuyo origen se remonta a varios lustros atrás, y ninguno se muestra dispuesto a ceder, como si les fuera la vida en ello.

Durante el recreo vienen dos policías tutores de la policía municipal que han visto cómo tres alumnas gitanas han saltado la valla (puesto que son menores de dieciséis años, no les está permitido salir del centro). Nos traen a una de ellas, que presenta en el antebrazo derecho una herida con forma rectangular, como si alguien le hubiera rebanado la dermis con un cuchillo, de manera que se le ve el tejido adiposo y el músculo. Una profesora la abraza y la acaricia para calmarla, pues está aterrorizada. Sus dos amigas han desaparecido.